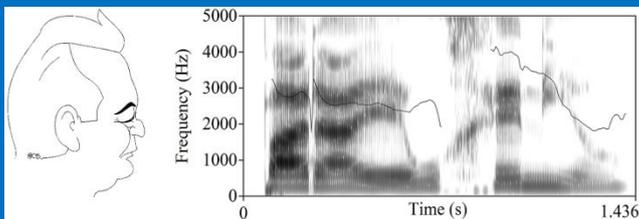


Cuando hablar se dobló en escribir

Jesús Tuson



Fernández Planas, A. Ma. (ed.) (2016): *53 reflexiones sobre aspectos de la fonética y otros temas de lingüística*, Barcelona, págs. 503-510.

ISBN: 978-84-608-9830-6.

Cuando hablar se dobló en escribir

Jesús Tuson
Universitat de Barcelona
jtuson@ub.edu

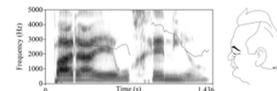
Vamos a suponer que nos hallamos en algún punto de nuestras costas mediterráneas occidentales, hace ahora unos tres mil quinientos años. Un navegante fenicio, antes de volver a su puerto oriental de origen y con la embarcación ya aligerada de los productos que días atrás había traído desde el otro extremo del mar, recibe ahora los últimos encargos de un cliente que podrá reabastecer su comercio en el próximo viaje de la nave proveedora desde el puerto remoto de Ugarit, o de cualquier otra ciudad ribereña, hitos de la ruta de las caravanas orientales. Y el encargo es éste:

- Necesitaré diez piezas de paño de colores vivos y variados—, dice este comerciante de, por ejemplo, Empúries. Y se hace el silencio, mientras el navegante realiza unos pocos signos en una tablilla de cera.
- Tráigame también veinte ánforas con el mejor vino del Líbano—, añade el comerciante. Y el navegante insiste en continuar rascando en su tablilla, sin proferir palabra alguna.
- Además, quiero cincuenta turquesas de las minas de Sarabit el-Khadim. Bien pulidas y de buen tamaño—. Una vez más, el silencio desconcertante. Llegados a este punto, el comerciante occidental ya no puede contener más una irritación que ha ido en aumento con estos tres primeros encargos de una serie que se prevé larga. Y muestra su disgusto:
- Esto es intolerable. Le estoy haciendo como cada año mi lista para el próximo viaje y usted, maleducado, mira hacia otro lado y se entretiene haciendo dibujitos extraños en una tablilla.

A lo que el navegante responde:

- ¿Mirar hacia otro lado? Muy por el contrario. Ni he perdido una sola palabra de su lista, ni la perderé tras el largo viaje de vuelta. Sus encargos están muy a salvo del olvido. Fíjese: diez piezas de paño de colores vivos y variados, veinte ánforas con el mejor vino libanés, cincuenta turquesas de las minas de Sarabit al-Khadim... ¿No quiere sesenta o setenta? Le haré un buen precio. ¿Alguna cosa más? Si es así, yo seguiré anotando puntualmente sus palabras.
- ¿Anotando mis palabras?— los ojos del comerciante, de pronto, revelan admiración al descubrir que sus voces pueden quedar fielmente recogidas gracias a unos pocos trazos diferentes -¡y silenciosos!- producidos instantáneamente en una tablilla. — ¿Qué es eso? ¿Cómo lo hace? ¡Nunca he visto nada igual!

Más de tres milenios después, nuestra escena imaginada puede ser objeto de viva discusión; pero no parece infundado suponer que la espectacular expansión del alfabeto por las costas mediterráneas y por otros territorios interiores pudo tener su inicio en situaciones como la imaginada que revelaban hasta qué punto era incuestionable la



utilidad de fijar las palabras dichas, superando así las precariedades de una memoria que podía resistirse a conservar con estricta fidelidad la creciente acumulación de unos datos que exigían superar el paso del tiempo.

Pese a lo dicho, lo cierto es que no tenemos un documento fundacional que nos relate cómo empezó la aventura de las escrituras alfabéticas. Nada semejante a un texto que empezase así: «Yo, el escriba sentado, harto de proceder a dejar constancia de las hazañas de mi divino Señor usando varios miles de signos de esta costosísima escritura jeroglífica, y con el triste consuelo de tener que manejar la todavía más complicada, aunque rápida, hierática, he decidido que, como en el fondo todo se resuelve en poco más de veinte sonidos diferentes, he procedido a inventar un sistema, que llamaré alfabetogamo, muy simple, práctico e instructivo». Un texto que terminase con una fecha (por ejemplo, en torno al 1800 aC) y una localización (tal vez Sakkara, para que la historia tuviese el empaque conveniente).

La ausencia de testimonios explícitos sobre los antiguos logros técnicos de la humanidad es del todo habitual, e incluso esperable; pero puede colmarse recurriendo a lo que podríamos calificar de «suposiciones racionales». Así, por ejemplo, la cocción de la carne podría haber derivado del consumo de animales tras el incendio fortuito de los bosques; o la «domesticación» de los cereales, al comprobar que allá donde caía grano, aparecían espigas meses más tarde; o la invención de la rueda, tras la observación del movimiento de troncos y piedras en las pendientes; o la producción de velas para impulsar las naves, al experimentar la acción del viento sobre cualquier superficie resistente. Un caso más: no existen restos de naves de hace cincuenta mil años; pero si Australia fue poblada en aquellos tiempos es evidente que *Homo sapiens* conocía algunas técnicas de navegación cuando, muy posiblemente en diversas generaciones, emprendió una larga aventura desde la tierra firme asiática hacia tierras ignotas, con probables etapas en las islas próximas. Así pues, ante ciertos hechos es legítimo especular, de manera racionalmente controlada, sobre las observaciones y otras acciones que llevaron a cabo los humanos en tiempos remotos y que dieron lugar a avances incuestionables.

Además, y por lo que concierne a nuestro problema escritural, conviene no olvidar que los antiguos escribas constituían una casta de oficio único e intensivo, y que sus conocimientos se conservaban y transmitían en familia y en escuelas específicas (tenemos recomendaciones de padres a hijos sobre los beneficios de una tarea privilegiada que liberaba de trabajos pesados). Por lo tanto, la acumulación de experiencias debía de jugar un papel determinante en el descubrimiento de nuevas formas de escritura. Por ejemplo, la transición de un sistema pictogramático, ya en Mesopotamia, a un silabario, se explicaría con otro texto inexistente como el siguiente: «Yo, el hijo del escriba sentado, harto de tener que manejar tantos miles de signos, y habiendo tenido la revelación de que en mi querida lengua sumeria todo lo que decimos se reduce a unas pocas docenas de unidades (silábicas), he decidido que, a partir de este momento, usaré un nuevo y económico sistema para dejar constancia de las hazañas de mi maldito señor». Así, muy probablemente, nacieron los primeros silabarios cuneiformes en Mesopotamia que, sin duda, ya apuntan en la parte inferior de la Paleta de Narmer, rey prefaraónico, acaso el más antiguo ejemplo de escritura silábica, de ahora hace algo más de cinco milenios.



Así pues, no se debe descartar que las tradiciones jeroglíficas hubiesen dado paso a otros sistemas más prácticos, cosa que quedaría claramente demostrada con la coexistencia de los usos pictográficos, hieráticos y demóticos ya en el antiguo Egipto. No cuesta imaginar, pues, supliendo una vez más la ausencia de documentos directos, que en alguna escuela de escribas circulase una lista muy parecida a la que usan hoy, de manera universal, los controladores aéreos de nuestro mundo globalizado: «A, de Alfa; B, de Bravo; C, de Charlie; D, de Delta...». Es decir, en algún momento de nuestro pasado, una mente prodigiosa descubrió que las palabras de su lengua semítica comenzaban por unos muy pocos sonidos (¡poco más de veinte, nada más!) y que eso permitía, en las circunstancias apropiadas y lejos de las complicaciones rituales, reflejar en la escritura todo lo que se podía esperar del habla. Y lo hizo, sin duda, como resultado de una constatación práctica a partir de la observación de los pocos sonidos con que se iniciaban las palabras: la bendita acrofonía. «A, para la inicial de Aleph (*buey*); B, para la de Beth (*casa*); C, para la de Gimel (*bastón? camello?*)..., tanto si esos sonidos abren palabra, como si la cierran, como si la contienen». Y así hasta cubrir todas las posibilidades sonoras de la lengua. Por otro lado, como se puede demostrar a partir de la Piedra de Rosetta y del procedimiento usado por Champollion para su desciframiento, los nombres propios se escribían ya habitualmente con un sistema alfabético.

La consolidación y difusión del alfabeto tiene sus muestras más antigua en las inscripciones que aparecen en el costado de unas pequeñas esfinges (que suelen datarse en torno al 1700 aC.) halladas en las minas de turquesa de Sarabit al-Khadim, en la Península del Sinaí, probablemente ofrendas realizadas por los trabajadores de las minas, tal vez gentes ilustradas y esclavizadas que rendían culto a Baal, divinidad femenina del pueblo cananeo. Véase la figura 1.

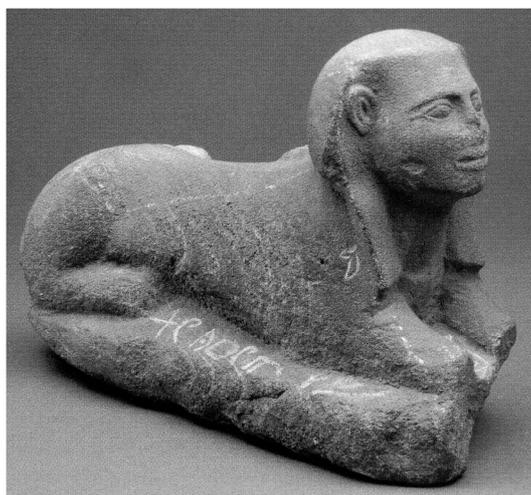
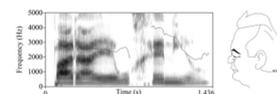


Figura 1. Inscripción junto a una esfinge.



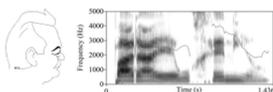
Como puede comprobarse, se trata de unos signos de inspiración inequívocamente egipcia, que pueden remitirse sin problemas a la tabla que (abreviada en la figura 2) nos ofrece Davies (1990), en su magnífica monografía publicada por el British Museum:

Egyptian	Protosinaitic	Phoenician	Early Greek	Greek	Latin
					A
					B
					G
					E
					K
					M
					N
					O
					R
					T

Figura 2. *Tabla de Davies (1990:132).*

Tenemos, pues, casi cuatro milenios de escritura alfabética de origen protosemita que, difundida con toda probabilidad por los antiguos comerciantes fenicios, está en la base de múltiples alfabetos a lo largo y ancho de Eurasia, sea como herencia directa, más o menos modificada con el paso de siglos y milenios, o también como fuente de inspiración (véase la figura 3).

La utilidad del sistema alfabético (en sus diferentes formas y salvando otras condiciones lingüísticas que, históricamente, han hecho más aconsejable el uso de escrituras logográficas) queda demostrada por su difusión espectacular y casi universal. Y revela, además, una dimensión sobresaliente de la condición humana: el impulso irrefrenable hacia la resolución de problemas cuando surgen dificultades que hay que vencer. Especialmente en el neolítico, con la creación de los primeros núcleos urbanos agrario-comerciales debió de quedar claro muy pronto que una ciudad con varios miles de habitantes no podía ser administrada confiando en la buena memoria de funcionarios voluntariosos. Así pues, primero hicieron acto de presencia diversos e ingeniosos sistemas contables (las *bullae* y pequeñas piezas de arcilla o *clay tokens*) que fueron completados de manera natural por las primeras imágenes con valor escritural. Así se dejaba constancia, ya en tiempos remotos, de los movimientos de productos en los



almacenes centrales adyacentes a palacios y templos, y también de las asignaciones de tierras de cultivo y de la pertenencia de todo género de propiedades. Nuestra apreciada escritura, por lo tanto, nació como contabilidad a efectos administrativos, comerciales y también jurídicos (las leyes); y solo mucho más tarde sirvió para fijar los mitos fundacionales de los pueblos y las obras maestras del ingenio y creación literarias. En este último caso, la escritura llegó a superar el objetivo de la pura supervivencia ante los requerimientos de la complejidad neolítica y se dio rienda suelta al afán humano propio de la dimensión creativa.

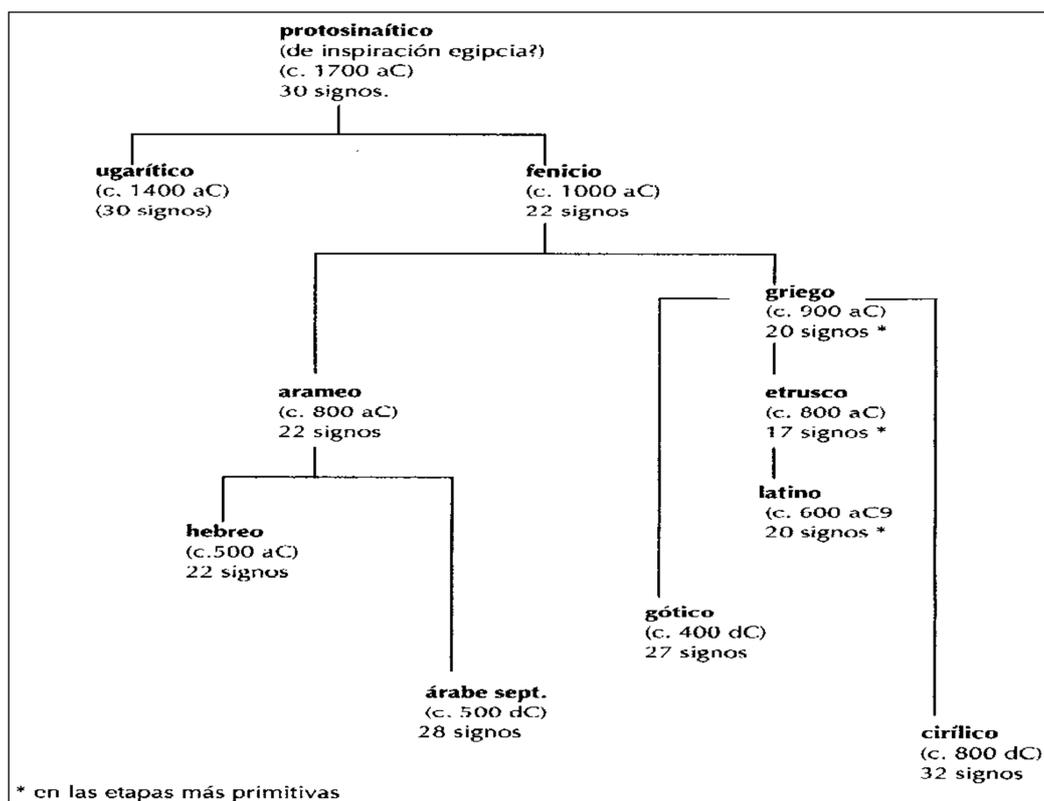
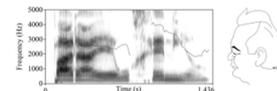


Figura 3. Historia de la escritura alfabética.

Pero tanto la obligación de hacer frente a la necesidad, como el cumplimiento del «exceso» típicamente *sapiens*, fue posible porque alguien, con una sorprendente habilidad fonética, supo percibir que todos los matices inmensos de la expresión verbal podían reducirse, en última instancia, a unas escasísimas docenas de complejos movimientos vocales (o bien de efectos sonoros) a cada uno de los cuales se podía asignar, por pura convención, una modesta figurita gráfica, extraída del acervo jeroglífico simplificado. Y en este paso, simple y prodigioso, la atención al sonido con que se iniciaban las palabras huidizas, jugó un papel primigenio y decisivo.



REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Los consejos a los escribas noveles:

JOYAUX, J. (1969): *Le langage, cet inconnu*. París, SGPP, «Le point de la question», p. 72.

La esfinge del Sinaí:

ANDRÉ-LEICKNAM, B. y C. ZIEGLER (1982): *Naissance de l'écriture*, París, Éditions de la Réunion des musées nationaux, pp. 176-177.

La tabla comparativa de los primeros alfabetos:

DAVIES, W. V. (1990): «Egyptian Hieroglyphs», en J. T. Hooker (ed.): *Reading the Past*, Londres, British Museum Pub, pp. 75 y ss.

La difusión del primer alfabeto:

ZALI, A. y A. BERTHIER (1997): *L'aventure des écritures*, París, Bibliothèque nationale de France. [Véase, especialmente, el árbol de las páginas 16-17].

Los sistemas contables más antiguos:

IFRAH, G. (1994): *Histoire universelle des chiffres*, París, Laffont. [Traducción castellana: *Historia universal de las cifras*, Madrid, Espasa, 1997, caps. 8-14].